

anciano de ochenta y nueve años los bendijo antes de morir. Malesherbes, que habia manifestado al rey en su prision aquella adhesión que es siempre sospechosa en las moradas régias, fué conducido al patíbulo con su nieta, su hija y el yerno de esta; tres generaciones que desaparecian á un golpe del verdugo. Aquel d'Espremenil, á quien hemos visto defender los parlamentos contra los reyes, fué despues objeto del odio popular, y el pueblo un dia lo cogió, lo ultrajó y lo arrastraba para sumirlo en una cloaca cuando las guardias nacionales lo salvaron. A Petion, que fué á visitarlo, le dijo: «Tambien yo fuí el ídolo del pueblo: y vea V. lo que ha hecho conmigo; celebraré que tenga V. mejor suerte.» De los asesinatos, que se cometieron en las cárceles en setiembre se salvó á duras penas, tomando un cuchillo que le dieron para que aparentase ser uno de los asesinos, y huyendo por entre la sangre que le llegaba al tobillo. Condenado á la guillotina, él, abogado de la nobleza, se encontró en la carreta con Lechapelier, vigoroso representante del estado llano. «Un curioso problema nos ofrecen estos últimos momentos, le dijo Lechapelier, y es á cuál de los dos se dirigen los silbidos del pueblo. — A entrambos, » repuso d'Espremenil.

Como si no bastase el preparar los suplicios con los ultrajes que los periódicos tenían orden de dirigir á los sentenciados, dábanse aquellos como espectáculo y diversion al pueblo, y se aumentaban sus rigores con todo linaje de improperios, acompañando al cadalso á los destinados á morir en él. Una muchedumbre ebria esperaba todas las mañanas la lúgubre carreta, y la seguía atravesando las populosas calles de París, ultrajando, ridiculizando, escupiendo, llenando de fango á los que iban en ella. La pluma se resiste al referir la horrible parte que en estos excesos tomaron las mujeres. Mirabeau habia dicho desde el principio: *Si las mujeres no se mezclan en esto, nada se hará*, y por lo mismo se las lanzó á figurar en las sublevaciones, y llegaron á cometer profanaciones que en audacia sobrepujaron á las de los hombres. Ellas fueron las primeras que violaron el palacio del rey; las primeras que llevaron en triunfo las cabezas, que vilipendiaron en la reina la honestidad de mujer y el afecto de madre, que excitaron á los asesinatos, ya necesarios para ellas como para las Romanas el circo; leonas en la batalla, hienas despues de la victoria, mutilaban los cadáveres, les abrían el vientre, los comían. Estaba espanitosa Theroigne de Méricourt cuando precedía como capitana á su tropa de mujeres canibales; otras tuvieron por oficio constante el de *insultadoras de los reos*, y entre estas algunas esperaban á las víctimas haciendo calceta (*les tricoteuses de Robespierre*). Apresurémonos á decir que no faltaron para las mujeres, ni los martirios, ni las ocasiones de mostrarse sublimes. Doce niñas de Verdun, por haber bailado con Prusianos, fueron enviadas

al suplicio vestidas de blanco, y lloraban y el verdugo lloraba con ellas. Todas las monjas de Montmartre, con sus educandas fueron al patíbulo cantando salmos en torno de su nonagenaria abadesa. Muchas querían morir con los padres á quienes no podían salvar. En cuatro meses doce mil mujeres subieron al cadalso de París, entre ellas la de Barry (1), que dió el espectáculo, ya inusitado, de gemir y suplicar, y la Grammont, hermana del duque de Choiseul y rival de aquella, acusada de haber proporcionado ropa blanca á María Antonieta.

Hebert, vendedor de billetes del teatro, hombre que revestido de un poder improvisado, lo ejercía como acostumbraban á ejercerlo los viles, y que redactaba el *Padre Duchêne*, periódico mas repugnante aun que el de Marat, acusó á María Antonieta de haber contaminado la inocencia de su propio hijo. Esta imputación sublevó los sentimientos hasta de los jacobinos; la Austriaca lloró exclamando: «Apelo al corazón de todas las madres aquí presentes; » pero fué condenada á muerte por unanimidad. Se la quiso enviar al suplicio entre dos meretrices, pero estas protestaron que se arrojarían delante de ella; su hijo fué puesto bajo la tutela de un tal Simon, zapatero; y las cenizas de los reyes depositadas en San Dionisio fueron aventadas. Madama Isabel, hermana del rey, que en la cárcel habia hecho levantar hácia el Cielo los ojos á su hermano y á su cuñada, fué á reunirse con ellos, quizás metida con mujeres sin vergüenza. De este modo se cumplía la igualdad (1).

Doscientos individuos de la constituyente fueron enviados al suplicio, entre otros Bailly, hombre sencillo y bondadoso, que veía aun la mano de Dios en los astros, donde ya no se quería ver mas que la atracción de la materia, y que se habia lanzado á la Revolución con las candidas esperanzas que al principio animaban á todos, habiéndose esforzado despues por librar alguna cabeza de la guillotina. Condenado á esta (11 de noviembre de 1793), la cual, para que el suplicio fuese mas infamante, habia sido erigida sobre un muladar, uno de aquellos miserables que por salario ó por sus perversos instintos se ocupaban en insultar á los sentenciados á muerte, le dijo: *¡Qué! ¡tiembles? Si, compadre, contesto Bailly, pero es de frío*. Allí perecieron tambien muchos generales, y Barnave, que fué victima sin haber sido perseguidor, y que en su retiro habia sido acusado por los consejos dados á Luis.

Custine, sucesor de Dumouriez en el mando del ejército, proyectando sublevar la Alemania, habia penetrado en ella inconsideradamente, salvándose despues por medio de una prudente retirada. Creyósele por esto culpado, y tanto mas cuanto que se habia mostrado triste el 31 de mayo, y habia calificado de perturbadores á Robespierre y Marat. Ante acusaciones tan vagas

(1) Véase mas atras pág. 41.

vacilaba el tribunal revolucionario, pero en la Convencion se le acusó de usar contemporizaciones y formas regulares, y por último, el general fué condenado á muerte. Doscientas mil personas fueron aprisionadas por sospechas hasta noviembre de 1793, convirtiéndose en cárceles los palacios, los colegios, los monasterios, de donde se habia expulsado á los encastros.

Entonces se hacían prisiones en masa por barrios, por religiones, por familias, por países, por opiniones manifestadas ó presuntas. En una sola noche fueron presas trescientas familias del arrabal San German; una vez fueron á la guillotina cuarenta y cinco magistrados de París; otra treinta y tres individuos del parlamento de Tolosa; otra veintisiete comerciantes de Sedan. No se tomaban los jueces el trabajo de buscar delitos, bastando el parentesco, las riquezas, la categoría, el tener apellidos históricos, parlamentarios, episcopales; toda superioridad era castigada por la recelosa y sombría igualdad. El vulgo, despues de haber castigado y maldonado á aristócratas y castillos, maldecía y amenazaba á los comerciantes al pormenor porque se hacían pagar, y á los negociantes porque ganaban, porque monopolizaban y encarecían los víveres.

Jamas se habia visto tanta facilidad para morir y matar en el campo ó en la guillotina, sin idea de sacrificio ó de peligro, por sistema, por costumbre. Si alguno manifestaba compasión, se decía que aspiraba con la clemencia á usurpar la opinión y el poder. Desagradaban los restos de formalidades que usaba el tribunal revolucionario, donde uno, defendiéndose, podía todavia decir la verdad: si habia pruebas materiales ó morales, no eran necesarias declaraciones de testigos; los conspiradores no tenían mas defensor que la conciencia de los jurados, y la muerte era la única pena que estos imponían. Estaba, pues, la vida á merced del tribunal, y algunos decían que sobre las prisiones atestadas de gente podría ponerse en breve una inscripción que dijera: *Se alquila este edificio*. Fouquier, acusador, se enfurecía tanto que Gollot le dijo un día: *¿Cómo es eso? ¿quieres demoralizar el suplicio?* Conducíanse á carretadas los presos, los acusados, los sentenciados á muerte, y no era poco comun incurrir en errores. En una ocasión fué presentado al tribunal un individuo que no estaba en lista; *¿qué importa?* dijo Fouquier, y lo envió al patíbulo. Llamábase al tribunal á personas ya ejecutadas, y se enviaban al cadalso unas personas por otras, todo con la mayor indiferencia. En la imprenta estaban ya impresas las sentencias con los motivos, y no habia que hacer mas que llenar el nombre. Matábanse de cincuenta á sesenta personas por dia, y decía Fouquier: «Bueno va; las cabezas caen como piedras. Mas ligereza en la década futura; es preciso que caigan á lo ménos cuatrocientas cincuenta.» Billaud exclamaba: «El tribunal revolucionario cree que ha hecho una

gran cosa cuando manda cortar setenta ú ochenta cabezas: un número siempre igual no causa espanto, es preciso duplicarlo; » Vendier añadía: «Es necesario poner un muro de cabezas entre el pueblo y nosotros; » y se elevó el número á ciento cincuenta al dia, y hubo que construir un canal para dar salida á la sangre.

Las *hornadas de la guillotina* no se suspendían mas que para dar lugar á centenares de otras en las cárceles, y mantenían en el vulgo la aparente emoción de un delito castigado, de un gran peligro evitado por la vigilancia republicana. Para sacrificar á millares de presos, gente desconocida cuya culpa no se sabía formular sino dándole el título de moderación, se imaginó que estando en la cárcel debían desear con ansia salir de ella, y deseándolo debían intentarlo, haciéndose por este hecho reos, y siendo enviados al suplicio por el mismo delito aquellos á quienes no se podía imputar otro. Llenáronse las prisiones de espías que creaban el delito, excitando á hablar mal para denunciar á sus interlocutores como aristócratas; así que en las cárceles se agregaba al terror la desconfianza. Desde marzo á junio de 1793 las víctimas fueron noventa y cuatro mil quinientas setenta y siete; del 10 de junio al 27 de julio mil doscientas ochenta y cinco; y París comenzaba á tener compasión, pero temblaba.

Semejantes escenas se reprodujeron en toda Francia. Carrier, cuya filosofía era el asesinato, cuyos deleites se cifraban en la efusión de sangre, y que mataba sin saber por qué, exterminó en la Vendée á pelotones de ciento y doscientas personas inermes, respondiendo á las reclamaciones de los infelices y de los magistrados con la amenaza de enviarlos á la guillotina. Casi diez mil individuos habia en las prisiones de Nantes, y porque el fusilamiento le pareció largo, y difícil el sepultar los cadáveres, los ahogó á centenares en el Loira. Hizo perecer tambien á los niños de los Vendeanos recogidos por la piedad de los Nantese; así es que de cuatro á cinco mil fueron sacrificados en pocos dias. En Burdeos, en Marsella, en Tolon, se ametrallaba á los sentenciados; mil seiscientos ochenta y cuatro perecieron en Lyon; y si se reclamaba contra tantos abusos, la junta de salvación respondía: *La libertad es una virgen de quien no se debe alzar el velo*. Maignet, enviado á los departamentos de Vaucuisa y de las Bocas del Ródano, escribía á Couthon: «Me mandas que conduzca á París á los conspiradores; pero como son de doce á quince mil, la conducción sería muy costosa y arriesgada; por otra parte es preciso aterrar, y el golpe no es espantoso sino á la vista de los cómplices.» Por consiguiente, solamente en Orange se mataron trescientos ochenta. Achard escribía á Gravier: «Mas cabezas y siempre cabezas. ¡Qué delicia si hubieras visto el otro dia esta justicia nacional cayendo sobre doscientos nueve criminales! » ¡Que majestad! ¡Que tono imponente! Todo

» edificaba. ¡Cuántos grandísimos bribones mor-
» dieron aquel día el polvo! ¡Qué abono para
» hacer fructificar la República! Aunque ya van
» sacrificados mas de quinientos, todavía lo se-
» rán doble número, y luego mas. » Y Collot
d'Herbois exclamaba: « Los habitantes de la vo-
» luptuosa capital estáis enervados. Es timidez
» degollar á los enemigos de la patria; conviene
» ametrallarlos; os lo he dicho cien veces. »

» A todo esto se agregaba el insulto, llamán-
» dose *fuego de fila* á este modo expedito de pro-
» ceder; *bautizo republicano* al acto de ahogar
» en el río por centenares, y *matrimonio republi-
» cano* al de atar juntos á un hombre y una mujer
» desnudos para arrajarlos al agua. Coffinhal dijo
» á un maestro de esgrima condenado á muerte:
» *Pára ese golpe*. De una señora sorda dijo el pre-
» sidente Dumas: *Ha conspirado sordamente*. Á
» una joven que alegaba no tener mas que diez y
» seis años: *Tienes ochenta para el delito*; y á un
» anciano á quien la parálisis impedía el habla:
» *No es la lengua la que queremos, sino la ca-
» beza* (1). Así el miedo inexorable multiplicaba
» las víctimas de todo sexo, edad, partido, cate-
» goria, virtud, delito. Así el vulgo ignorante lle-
» vaba á cabo lo que habían preparado los sabios:
» así la sociedad recibía un nuevo bautismo con
» sangre. Se dice que el terror salvó la Revolución
» y la libertad: ¡ah! no se salvan las causas
» deshonrándolas.

4794.
Innova-
ciones.
Aboli-
cion
de
Dios.

Por entónces se estableció un nuevo sistema
de pesas y medidas; un calendario con nombres
nuevos debía quitar hasta al tiempo la huella de
lo pasado y de la tradición; en vez de semanas
se establecieron décadas con cinco días comple-
mentarios llamados *de los descamisados*, y de-
dicados, el primero al genio, el segundo al tra-
bajo, el otro á las buenas acciones, el cuarto á
las recompensas, y el último á la opinión; en el
cual cada uno podía decir lo que pensara; y
finalmente, hasta el día fué repartido en diez
horas. De esta suerte se cambiaron todas las
costumbres, se agravaron los impuestos, se pro-
hibió la manifestacion de los propios pensamien-
tos, se fijaron precios ficticios para toda clase
de mercancías, y hasta el pan quedó reducido á
una sola é infima calidad. También se declaró
la guerra al Rey del Cielo como se había decla-
rado á los de la tierra, y habiéndose proclamado
en la Convencion que no existía Dios y que la
única religion era la voluntad del pueblo, se
destruyeron iglesias, reliquias y monumentos
del arte, se declaró el matrimonio *sacramento
del adulterio* y la efigie de Marat sustituyó en
los tabernáculos de las calles á las imágenes de
los Santos. En la comedia todo parecía alusion,
por lo cual se sustituyeron á las fiestas teatrales
espectáculos de otro género: en la fiesta del
ateísmo una cantatriz desnuda representaba la
Razon, y desde la sala de la Asamblea donde
cayeron sus velos fué conducida en triunfo al al-
tar de Nuestra Señora, dedicado á aquella diosa.

(1) Rapport des Vingt-Un; pièces annexées, número 49.

Pero los filósofos revolucionarios se indignaban
de que sobreviviese á la religion un simulacro
de religion, y querian inaugurar la adoracion
abstracta de un Dios sin forma, ni dogmas, ni
ritos. La multitud se creía libre de todo deber
desde el momento en que había sido emanci-
pada de Dios.

Entretanto no llegaban á Paris carnes de la
Vendée; con el hambre y las necesidades crecía
el descontento, y con este se aumentaban los
espías y la crueldad. Muchos que habían repre-
sentado papel en las fiestas del ateísmo perecie-
ron entónces, y entre ellos Clootz. Era este un
riquísimo baron alemán que se titulaba orador
del género humano y enemigo personal de Dios.
Apóstol de la república universal, no veía en la
Revolucion solamente el desarrollo de la indivi-
dualidad francesa, sino tambien el de todo el
mundo, así como en la Asamblea consideraba
la representacion constitucional del universo.
« Los cuerpos nacionales y provinciales, decía,
» son azotes del género humano, y de ellos
» provienen las guerras que de otro modo se
» resolverian con protocolos. Caigan las barre-
» ras nacionales y renacerá el siglo de oro, y
» una armonía inalterable hará que se extienda
» por el globo una paz perpétua. » Por tanto
sostenia que en vez de *Viva la nacion* se debía
gritar *Viva el género humano*, y á los nombres
de Frances, Borgoñon, Normando, debía susti-
tuirse el de Germanos, que expresaria fraterni-
dad y al mismo tiempo la union de los Alema-
nes. Añadía que debía hacerse la constitucion
para toda la especie humana, y reducirse á las
inspiraciones de la naturaleza, y á acercar á los
hombres entre sí de modo que se manifestase
el instinto comun. De esta suerte el baron Clootz,
con las ideas mismas de los federalistas, llegaba
precisamente al extremo contrario, es decir, á
la fusion absoluta de todo el mundo.

Sin embargo, escenas semejantes no eran del
gusto de Danton y Robespierre que querian co-
meter las crueldades de un modo serio, mien-
tras á los demas les agradaba cometerlas alegre-
mente. Robespierre desaprobó, pues, que se
« turbase la libertad de cultos á nombre de la
» libertad y se atacase el fanatismo con un fa-
» natismo nuevo... El ateísmo es aristócrata,
» añadió; la idea de un gran Ser que vela por la
» inocencia oprimida y castiga el delito triun-
» fante, es enteramente popular. Si Dios no exis-
» tiere, sería preciso inventarlo. » Robespierre,
á quien daba muchísimo poder el mostrarse
íntegro entre tanto ladron, era un Rousseau re-
vestido de la dictadura; ejecutaba lo que el filó-
sofo ginebrino había pensado, y proclamaba á
Dios, al pueblo, á la justicia, á la humanidad
con la mano en la guillotina, imperturbable en
el delito porque lo creía necesario para llegar á
la virtud. El hombre es bueno, decía, pero la
sociedad está pervertida por unos cuantos mal-
vados; mátese, pues, á todos ellos, y el siglo
de oro renacerá sobre la tierra. Con esto, que
todavía la posteridad duda si fué delirio ó pro-



G. Steal del.

Dip. Ch. Girardet. Paris.

F. Delannoy sc.

NAPOLEON 1º

Garnier frères. à Paris

edificaba. ¡Cuántos grandísimos bribones mor-
dieron aquel día el polvo! ¡Qué arrojado se-
r hacer fructificar la República! ¡Cuántos se sac-
rificaron por el quinquente, cuando le sa-
rán doble número, y luego más! Y Robespierre
d'Herbois exclamaba: « Los tribunos de la ley
lupulosos capital están asombrados de tener
degoillar a los enemigos de la patria, que se
ametrallaban en la no de los otros días ».

A todo esto se agregaba el espíritu de
decepción que se había formado en el pueblo
decepción republicana al acto de elegir
en el día por centenares, y miramiento repulido
como al de estar juntos a un hombre y una
desconfianza para apartarlos al agua, ¡qué
a un momento de agrimia contempción!
Para un padre de una sociedad que se
mientras se iban a perder en el mundo.
una persona que dice que no se sabe más
que hacer. Todavía el pueblo se crea, y se
mueve a todas las partes de la tierra.
En el momento de que se dio, como se ve
de los días. Así el pueblo iba a perderse en
las últimas de todo esto, como en un
gorta, virtud, dolor. Así el pueblo iba a
vería a cabo lo que estaba preparando, se
así la sociedad recibía un nuevo bautismo con
sangre. Se dice que el terror salvó la República
y la libertad: ¡ah! no se sabe más que
deshonrándolas.

Por entonces se establecieron los nuevos sistemas
de pesos y medidas, se celebraron con nuevos
nuevos deberes, quitar hasta el tiempo la fuerza de
lo pasado y de la tradición: en vez de semanas
se celebraban decadas, con cinco días compa-
rativamente llamados de los descamisados, y de-
clarados, el primero el viento, el segundo el tra-
ballo, el tercero a las nuevas medidas, el cuarto a
la tranquilidad, y el quinto a la utilidad. En el
pueblo, todo era un día de fiesta, lo que parecía, y
así seguía hasta el día que Robespierre se dio
por el pueblo, se celebraron todas las
que se celebraron en las papeles, se pe-
naron a las medidas de los tiempos penitencia-
les, se fueron a las papeles para toda clase
de celebraciones, y hasta el día que Robespierre se
decepción a la multitud. También se declaró
el pueblo a ser de hecho como se había declaro-
tado en la ley, y habíanse proclamado
en la Ley, que no existía Dios y que la
única religión era la voluntad del pueblo, se
destruyeron iglesias, reliquias y monumentos
del arte, se declaró el matrimonio sacramento
del adúltero y la obra de Dios destruído en
los tabernáculos de los santos, y de los santos de
los santos. En la segunda época, como se ve
por lo cual se celebraron a los santos, a los santos
espectáculos de otra género, en la época del
ateísmo una castaña destinada a representarse en
Razón, y desde la sala de la Asamblea, donde
cayeron sus ojos fué conducido en triunfo a un
altar de Nuestra Señora, dedicado a aquella época.

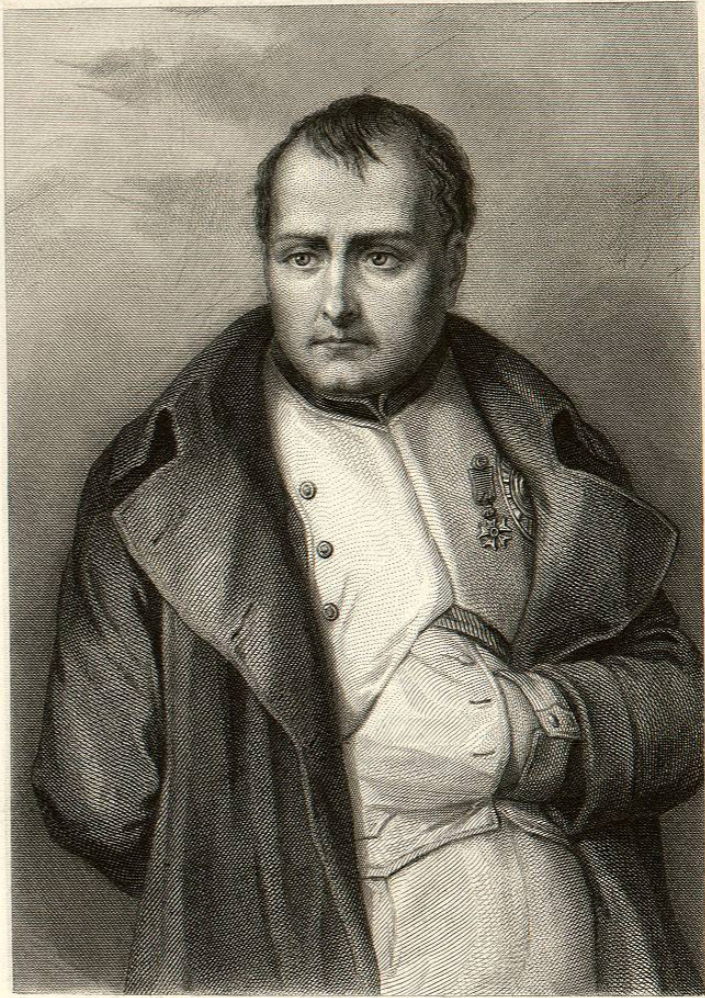
Abolición de Dios.

(1) Rapport des Vingt-Un; pieces annexées, numero 49.

Pero los filósofos revolucionarios se indignaron
de que sobreviviese a la religión un sistema
de religión, y querían inaugurar la a
abstracta de un Dios sin forma, ni dogma
ritos. La multitud se creía libre de todo desde
desde el momento en que había sido creada
pudía de Dios.

Entretanto no llegaban a París carne
vendee; con el hambre y las necesidades
el descontento, y con este se agremiaron
cejas y la cruidad. Muchos que habían
señalado papel en las fiestas del anton
ro entonces, y entre ellos Giza, un
másimo baron alemán que se hizo
el ser humano y enemigo de
del de la república universal,
construcción solamente el deseo de
la ciudad francesa, sino también
masa, así como en la Asamblea
de la representación constitucional se
los cuerpos nacionales y provin-
con azotes del género humano,
proviene las guerras que de
se resolvían con protocolos, tablas
de las naciones y renacera el espíritu
una armonía inalterable hará que
el globo sea paz perpetua
esencia que en vez de Vica de
Vica el género humano, y a
de Frances, Borgoñon, Normando,
de Germanos, que expresaba
dad y al mismo tiempo la unión de
nes. Añadía que debía hacerse la
para toda la especie humana, y en
inspiraciones de la naturaleza, y a
hombres entre sí de modo que se
se sintió cogido de esta suerte el
en las ideas modernas de los federalistas
de un extremo contrario, y se
la fusión absoluta de todo el mundo.

Sin embargo, Robespierre se opuso
gusto de Dios, y Robespierre que
meter las crueldades de un modo
ra a los demás se agradaba como
mente Robespierre desaprobó, per-
• turbase la libertad de cultos a
• libertad y se alardea el fanatismo
• natismo nuevo. El ateísmo se
• añadió la idea de un gran Ser
• inocencia oprimida y castiga el
• Santa, es enteramente popular, de
• Dios, sería preciso inventarlo.
• a quien daba muchísimo poder al
• íntegro entre tanto ladrón, era un
• vestido de la dictadura; ejecutaba lo
• solo ginebrino había pensado, y
• Dios, al pueblo, a la justicia, a la
• con la mano en la guillotina, imper-
• el delito porque lo crea necesario
• la virtud. El hombre es bueno, de
• sociedad está pervertida por unos
• vados; mátese, pues, a todos ellos,
• de oro renacera sobre la tierra. Con
• todavía la posteridad duda si fue



G. Staal del. Imp. Ch. Chardon aine, Paris. F. Delannoy sc.

NAPOLEON I°

Garnier freres, a Paris